

QUINTANILLA Y CHILOE,

La epopeya de la constancia

De Manuel Torres Marín

Editorial Andrés Bello, Santiago, 1985, 104 págs. + 4 láms.

Invitando al lector a introducirse en esta obra, nos saludan desde sus retratos don Antonio de Quintanilla y Santiago (Pámanes, 1787-Almería, 1863) y su mujer doña Antonia Álvarez Garay. El mariscal disimula la cicatriz del lado izquierdo de su rostro, la que ganó como timbre de honra y valentía en el combate de San Carlos (15-5-1813); luce los dorados alamares del uniforme del más alto rango del Real Ejército de España, contrastando los entorchados con el rojo pantalón y el mismo tono cálido de la banda de la Gran Cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, cuya placa también ostenta, alternado con el blanco moaré y el brillo de la encomienda de la Real Orden Americana de Isabel la Católica. Don Antonio no empuña espada en la diestra sino el bastón de mando y con la mano izquierda sostiene un bicornio con plumero rojiblanco. Este retrato es tan descriptivo de la época romántica como el de doña Antonia, en el cual predominan los colores oscuros del fondo y del vestido, para resaltar mejor su rostro y busto tan marfileños como sus manos. Discretas joyas y puños bordados, junto a una bolsa tomada al desgaire y un abanico cerrado equilibran los contrastes y los brillos.

¿Pero quién es esta pareja que tan gentilmente nos recibe? El mariscal lo fue por juego del destino. De mal alumno montañés su padre lo envió a Chile a aprender el comercio. No le iba nada mal en este oficio, en el cual habría llegado a ser empresario independiente, cuando el desastre de la guerra civil de la independencia americana trastrocó todos sus proyectos y varió su futuro. Este hidalgo, después de hacer la guerra en defensa del Rey y entrar el primero en Santiago tras vencer en Rancagua, la continuó hasta la batalla de Chacabuco, donde los independientes se tomaron la revancha. Luego de una estada en Lima fue destinado como gobernador a Chiloé, archipiélago que transformó en el principal baluarte de la resistencia realista en la extremidad meridional americana. En este territorio, organizó desde 1817 no sólo la defensa sino todo un sistema logístico para atender su gobernación, y a la vez poder apoyar a los fieles realistas que con denodado esfuerzo combatían dispersos más al norte. Durante ocho años más que el resto de Chile y simultáneamente con la pérdida del Callao y el fin de toda resistencia en el Perú, mantuvo Chiloé que no era sólo una fortaleza entre los desvencijados florones del Imperio. En este espacio, que es más acuático que terrestre, había unido su destino con una dama de la nobleza local, y allí vio florecer el retoño de sus amores, como un nexo más con aquellos súbditos tan lejanos de la Monarquía, cuanto ejemplarmente fieles. En la *Vendée chilena*, como denomina el autor aquellas lejanías, todo se puso a disposición del Monarca, la vida y la hacienda, y la honra, como sólo es de Dios, salió enaltecida de modo perenne para aquellos acrisolados monárquicos y sus descendientes. Quintanilla, con un extraordinario poder de organización y una constancia no menor, esperó ver aflorar velas de auxilio procedentes de España. Esta esperanza no murió después del Tratado de Tantauco (19-1-1826), en que el archipiélago pasó a la dependencia de Chile.

Al hacerse cargo don Antonio del gobierno de esta provincia "sumamente pobre por la falta de gentes que en diferentes ocasiones habían sido remitidas al ejército de Chile, y había una porción de viudas y huérfanos... El armamento poco y malísimo", donde "no había un real en tesorería", lo primero que hizo fue quemar una goleta que el gobernador anterior estaba construyendo para fugarse si Chiloé era atacado. Con esta emulación a la proeza de Cortés, se ganó el flamante gobernador el aprecio de los habitantes. Gestos semejantes, que no eran demagógicos ni premeditados, fueron una característica de Quintanilla que han pasado al acervo legendario del archipiélago. Este personaje tenía virtudes militares de casta: lealtad, valentía, alto sentido del honor, dotes de buen administrador, constancia y parquedad.

Largo sería resumir su trayectoria vital. Sin ánimo de estilista y menos aún interesado en publicarla, escribió una *Autobiografía*, que permaneció inédita hasta mediados de este siglo, la cual dedicó a su hijo y homónimo el primer marqués de Quintanilla. Sobre la base de ellas, más otros documentos de varios archivos y poca bibliografía, porque no hay más, don Manuel Torres Marín nos muestra la figura de un prócer que fue opacado por las circunstancias de su época, y a quien parangona con Rodil, el defensor de las fortalezas del Callao que, por el contrario, recibió los más altos honores. A Quintanilla se le mezquinaron los ascensos pero murió con la conciencia limpia por el deber cumplido, olvidado en la tórrida Almería, en una fecha cuya certidumbre ahora se publica.

Al menos tenía, eso sí, cierta satisfacción que lo retrata nuevamente: Cuando el Palacio de Oriente fue atacado por una facción que quería apoderarse de la Reina niña el 7 de julio de 1854, para usarla en su beneficio, don Antonio de Quintanilla se presentó en el regio alcázar "con objeto de favorecer con mi espada la vida de nuestra Reina Isabel II". S.M., dándole a besar su real mano, díjole con el encanto de sus lágrimas de niña de siete años: "Muchas gracias, Quintanilla; te estoy muy agradecida, pues he visto que has pasado toda la noche a la puerta de mi cámara y que sólo tú y otro general han concurrido para defenderme".

Esa misma noche un chilote, don Santiago Barrientos, segundo jefe de la Guardia de Alabarderos, defendió con sólo 24 hombres la escalera del palacio impidiendo el secuestro de la Reina. Allí coincidieron dos leales súbditos que refrendaron la fidelidad que caracterizó a Chiloé y al mariscal Quintanilla.

Torres Marín, mediante este ensayo biográfico rescata del olvido general la imagen de un hombre ejemplar que se merece un estudio aún más enjundioso. Empero, no lo han olvidado los chilotes ni quienes descendemos de los soldados que Quintanilla una vez comandó.

DR. ISIDORO VAZQUEZ DE ACUÑA